

El Premio Nacional de Arquitectura, de la Bienal 2000, dio como ganador al plan de espacios públicos de Bogotá «Parques para aprender a vivir». Como es costumbre, en esta clase de eventos, la selección del proyecto premiado fue polémica, y se oyeron algunas voces críticas en torno al resultado. Quizás, al interior del conjunto académico y profesional, es sano dejar que la discusión sobre lo juzgado en la Bienal continúe; quizás también es posible hacer un paréntesis, olvidar por un momento la discusión entre arquitectos y finalmente, reflexionar sobre el resultado ambiental de la construcción de obras de mejoramiento dentro del espacio público de Bogotá.

Bogotá

¿Ciudad Fluible?

Recorridos y Percepciones

Ana María Rojas Eraso

Arquitecta

Profesora Departamento de Urbanismo

Es evidente que la transformación física de algunos de los espacios públicos, ocurrida durante los últimos años en Bogotá, ha generado un impacto de magnitud considerable en el nivel de la percepción del ciudadano. Al parecer, en un corto tiempo, se ha logrado interesar a la comunidad en el tema de la calidad de los espacios públicos y el uso responsable que de ellos se debe hacer. Hay –sin duda– un cambio en la actitud de parte de los ciudadanos. Cosas obvias respecto al comportamiento ciudadano – como atender los semáforos, estacionar donde es debido, no botar basuras a las calles, atravesar la calle en el momento apropiado y hacerlo por las esquinas, respetar las cebras, cuidar la vegetación urbana etc. – hasta hace poco tiempo pasaban inadvertidas para los habitantes de la ciudad. Hoy la percepción que se tiene de algunos de los sectores de la ciudad muestra un ámbito urbano en vía de consolidación integral.

Uno de los sucesos destacados durante los últimos meses ha sido el relativo éxito del plan de espacios públicos, presentado como “Parques para aprender a vivir”, adelantados por la administración distrital pasada.

La diversidad en la escala y en el nivel de desarrollo implícita en el grupo de proyectos que componen “Parques para aprender a vivir” no facilita la evaluación objetiva del plan. Es por esto, que en este artículo solo delinearemos algunos de los elementos metodológicos para iniciar el análisis global, que permita entender en el futuro próximo, del grado de calidad logrado en el proceso de construcción de esos espacios urbanos. Para hacerlo me referiré a las particularidades del momento que se vive en la ciudad, la génesis del proyecto y finalmente esbozaré algunas perspectivas críticas, más con el ánimo de polemizar en el nivel de discusión académica, que con el ánimo de producir un documento de trascendencia.

La percepción singular del momento de la ciudad

Al hablar del momento de la ciudad me refiero específicamente a la condición transitiva –real o supuesta– por la cual pasamos los colombianos. Una situación aparente de crisis, matizada por fenómenos generados en diversos



Canal Rio Salitre, Bogotá

ámbitos, donde la sombra proyectada por la inseguridad general se ha transformado en un elemento destacado de modelación de los espacios de la ciudad¹. El momento que vivimos está cargado de un incómodo sentimiento de incertidumbre compartido por toda la comunidad; que se contagia como la peste, extendiéndose aún entre los grupos ciudadanos más optimistas².

Esa condición transitiva —del momento y el lugar / del *aquí* y del *ahora*— ha modificado algunas de las rutinas comunitarias. La permanencia obligada al interior de la ciudad ha impulsado la inversión (social y económica) para la construcción de los espacios públicos urbanos. En otros términos los temas de “cultura ciudadana” y “construcción y/o recuperación de los espacios públicos coinciden con un momento especial dentro del complejo proceso social al cual asistimos. La necesidad de construir espacios para

el buen ocio y la recreación ciudadana es evidente.

El ciudadano común y corriente redescubre ahora la posibilidad de disfrutar un paseo — a pie o en bicicleta — a través de la ciudad o al interior de un parque urbano.³

La ciudad, en su amplia complejidad, está siendo percibida como lugar donde la cultura ciudadana crece y madura, desplazando la apatía del pasado por medio de miradas de construcciones posibles para disfrutar hacia el mañana. Es una especie de umbral, desde el cual se mira la ciudad posible.

Este particular comportamiento obedece al momento en que vivimos. La responsabilidad de los que participamos en la construcción del espacio público se incrementa día a día. Es indispensable comprender las dimensiones del momento para poder trascenderlo.

Ahora, la calidad alcanzada en las respuestas urbano-ambientales es el tema que debe ser cuestionado.

La ambigüedad de la transformación

La sensación de la transformación de los espacios de la ciudad es ambigua: De un lado asistimos a la formulación de planes de ordenamiento urbano (POT), con procedimientos que someten a la ciudad a una evaluación permanente, con diagnósticos técnicos elaborados con minucia, contando — en algunos casos— con la participación de la ciudadanía. La visión hacia el futuro parece ser enfrentada con compromiso por parte de los técnicos, los políticos y los ciudadanos.

Del otro lado, la complicada labor de construcción urbana —elaboración de andenes, recuperación de calzadas, ampliación de redes, obras del Transmilenio— hace inestable, arrítmica, cambiante, el recorrido por la ciudad. La cantidad de obras de construcción coincidentes en un momento dan un aspecto caótico al espacio público, incomodando la actividad cotidiana.

En uno y otro caso las maneras de presentar la “realidad urbana” han correspondido a interpretaciones asumidas por los medios de comunicación locales. Tras las lentes, los micrófonos o las rotativas se localizan personas —no siempre con buen criterio— que polemizan sobre los proyectos, procesos, construcciones de la ciudad. El resultado ha sido la suma de imágenes peucederas, inestables, difusas; producto —en la mayoría de las veces— de la

1. Giandomenico Amendola, en el libro “La ciudad Postmoderna”(2000. Pág. 317) afirma que “ el ciudadano metropolitano es bombardeado por señales de peligro. Su miedo es alimentado por los media, leyendas metropolitanas, crónicas, relatos y, en pequeña medida, por las experiencias personales. El ciudadano atemorizado busca vivir en una burbuja protectora al interior de la ciudad que desea igualmente proteger.”

2. Uno de los grupos —que podemos calificar como optimistas (moderados o abiertamente soñadores)— son los grupos académicos. Los académicos hemos asumido roles en el pasado, donde la perspectiva intelectual ha primado sobre la vida cotidiana de la comunidad. La realidad académica

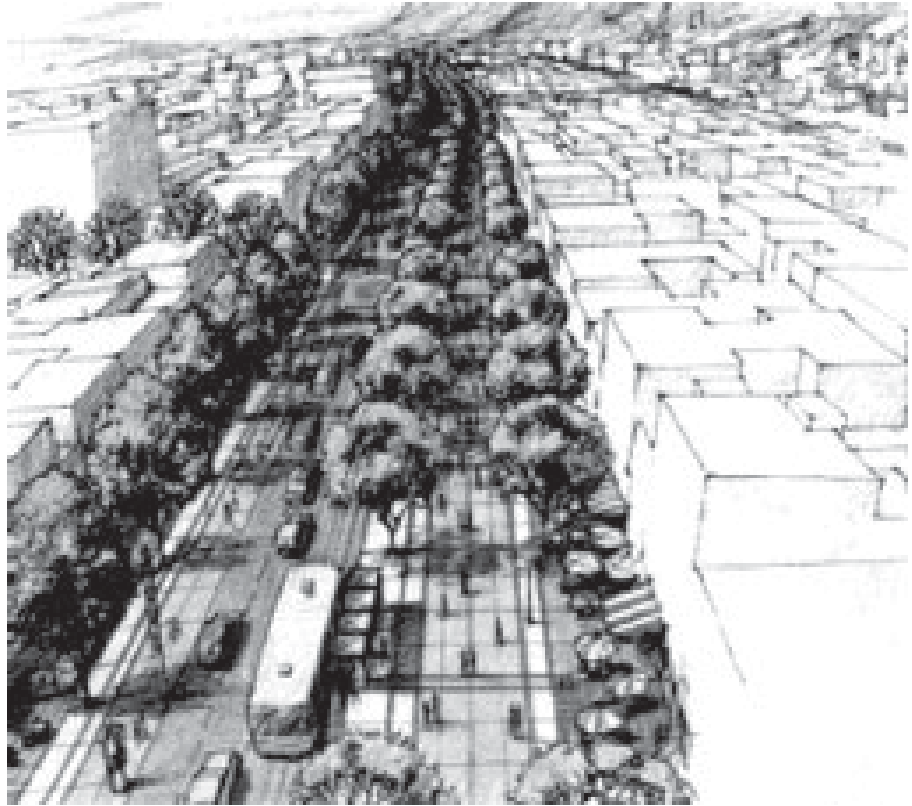
en muchos momentos no ha coincidido con la realidad de la vida ciudadana alejada de las aulas.

3. El temor —extendido entre los ciudadanos— a abandonar la aparente “seguridad” del territorio de la ciudad ha llevado a modificar los roles de la vida urbana. La recuperación de rutinas de paseo a través de las calles principales o las actividades centradas en sectores de alta actividad desplazó los ya acostumbrados paseos por las tierras “templadas” y “calientes” cercanas. Se ha recuperado el recorrido del espacio de la ciudad como “programa” ciudadano.

superposición de comentarios casuales. En torno, por ejemplo, al trabajo de recuperación de los andenes en algunas de las vías en sectores comerciales, se ha pasado de momentos trágicos a momentos heroicos. Es el caso del proyecto “Paseo urbano carrera quince”⁴ En principio se presentó el descontento ciudadano, aprovechado por los medios de comunicación para generar sus “temas del día”, donde se cuestionaba el ‘angostamiento’ de las calzadas vehiculares y se criticaba la dimensión ‘exagerada’ de los andes. La protesta se concentró en temas sobre la ruina a la cual se verían abocados los comerciantes del sector ante la “insensatez” de erradicar las “tradicionales” bahías de parqueo. Con el paso del tiempo y el avance de las obras se fue bajando el tono de las críticas hasta que se hizo silencio respecto al tema. Algo similar ocurrió con el proceso de desalojo de los vendedores ambulantes y estacionarios de la Plaza de San Victorino. Ahora, unos cuantos meses después de terminadas las obras, cuando la dinámica urbana se ha recuperado con nuevos argumentos, la ciudadanía ha llegado al convencimiento de que el experimento —a pesar de presentar algunas incoherencias— había dejado buenos resultados, con expectativas renovadas para los usuarios, que podían ser percibidos y confrontados en su nivel de calidad.

Genealogía del proceso

Es importante recalcar, que el mejoramiento de los espacios públicos de Bogotá, no es obra exclusiva de la última administración. Si bien la figura del alcalde Peñalosa quedó entronizada en el reino de la publicidad local, como la figura del «constructor del nuevo espacio público» hay que ser rigurosos al destacar las propuestas anteriores, concebidas en diversos ámbitos -académicos, culturales, políticos- que desde hace varias décadas han



Proyecto Cra 15, Fernando Cortes, Arquitecto.

permitido cruzar finas puntadas en la costura final de los espacios públicos de la ciudad.

En la presentación del proyecto ganador en la Bienal 2000 se dice que en “Parques para aprender a vivir”⁵ se recoge la tradición reconocida en el planteamiento de Bogotá y en ese sentido es también una obra colectiva, pues retoma el esfuerzo y la memoria de otros planteamientos similares en la historia del desarrollo de la ciudad. Es —no hay duda— un plan con un proceso largo de gestación; en el cual han participado ya varias generaciones de arquitectos y urbanistas. Las primeras inquietudes destacadas, al rededor del tema de los parques, fueron las del urbanista austríaco Karl Brunner (1932-1935), seguidas por las varias interpretaciones del Plan Piloto de Le Corbusier (1947) y su posterior interpretación en las propuestas de Wiesner y Sert (1952).

Los urbanistas y arquitectos colombianos también han dejado una huella profunda en el camino de consolidación del proyecto. Desde los “Bosques de la República” al final del siglo XIX, hasta el desarrollo del proyecto del “Paseo Ambiental” de la Avenida Jiménez, se han entrelazado propuestas y posibilitado imágenes deseables de una ciudad privilegiada en su potencial bio-ambiental y escénico.

Las últimas décadas han concretado la actividad de grupos —públicos y privados— de arquitectos, urbanistas y paisajistas que han formulado propuestas interesantes. Es destacable el trabajo desarrollado en el Taller del Espacio Público, el Jardín Botánico, la Sociedad de Arquitectos Paisajistas, las facultades de arquitectura, la Cámara de Comercio, entre muchos otros.

La academia también ha jugado un papel importante en la introducción en

4. Dirigido por el arquitecto Fernando Cortés Larreamendy. El proyecto comprende el rediseño del canal espacial de la carrera 15 entre calles 72 y 100.

5. Este programa se enmarcó en el “Plan de desarrollo económico, social y de obras públicas por la Bogotá que queremos” de la Alcaldía Mayor de Bogotá para el periodo 1998-2001.

el programa de la carrera de arquitectura de cursos y seminarios sobre diseño y composición urbana, medio ambiente y sobre el desarrollo de los conceptos que propenden por el buen uso del espacio público.

Todos estos antecedentes han sido avances –en algunos casos tímidos– que permiten entender la aceptación de la restitución de algunos de los parques, andenes, paseos, construidos durante los últimos años.

Es importante destacar aquí, que ese proceso callado, continuo, discreto, ha tenido una importancia amplia. Que la evidencia contundente de las obras no habría sido posible sin la maduración de ideas y conceptos aplicables al tema.

Las escalas de la intervención

Las escalas de intervención del sistema de parques atienden a las dimensiones definidas por los sistemas que componen el ámbito de lo metropolitano. En el informe de presentación del proyecto se lee *El sistema de parques incluye las escalas de barrio, la zonal, la distrital, la metropolitana. Las intervenciones van desde los novedosos parques de bolsillo hasta los grandes parques metropolitanos y abarca toda la extensión de la ciudad.*

El tema central de los sistemas estructurantes de la ciudad –sin duda– debe ser referido al problema de la escala. No obstante es importante reiterar que existen grandes diferencias entre el concepto de *escala* y los de *dimensión* o *tamaño*.

La escala de los espacios públicos solo es comprensible en la secuencia de sus posibles recorridos. Las secuencias se perciben como continuidad en tanto

la estructura tenga un carácter de integridad. Esa integridad genera lecturas extensibles más allá de la capacidad perceptiva. Se podría decir que en este caso la escala se puede entender como la memoria de la sumatoria de secuencias que tienen carácter integral. En términos simples se diría que hay necesidad de memorizar imágenes totalizantes de lo que el ciudadano considera corresponde a la dimensión de la ciudad que habita. Los límites, dentro de estas consideraciones, son relativos al sentido de recorrido de los espacios que estructuran la ciudad.

En ese sentido vale la pena destacar un comentario incluido en un artículo escrito por Silvia Arango, respecto al resultado de la Bienal 2000, publicado en el Periódico de la Universidad Nacional, donde se lee *“El premio de urbanismo se otorgó al plan de parques del Distrito Capital, lo que en principio parece sensato, pero no lo es tanto, puesto que no hay un “plan”. Lo que hay es una serie de parques adjudicados a una gran cantidad de arquitectos, algunos en construcción y muchos en proyecto, sin una orientación unitaria ni un criterio ordenador.”*⁶

La conclusión parcial es que –si bien, es innegable que ha habido una mejora sustancial en algunos de los espacios públicos de la ciudad– aún se adolece de un proyecto –un plan– integral, que sirva para entretrejer, en las diferentes escalas, los espacios públicos bogotanos.

El sistema de áreas verdes, canales hídricos, espacios de carácter lúdico-ambiental debe ser entendido en su complementariedad. Eso significa que no puede haber margen a la improvisación o capricho al momento de determinar las prioridades en las intervenciones en el conjunto de las áreas verdes de la ciudad.

Consideraciones metodológicas en torno al análisis de la calidad de los espacios públicos

La integralidad del espacio público tiene relación con la expresión trascendente de la cultura desarrollada, en el espacio y en el tiempo, por el grupo comunitario que habita y construye –día a día– la ciudad. La integralidad, entendida en este sentido, trasciende las visiones de la cotidianidad urbana, integrando elementos de construcción del cuerpo cultural.



Señalización Parque el Virrey, Bogotá.

6. “Los arquitectos se quedaron sin premio”. Periódico de la Universidad Nacional, Número 18, Enero 21 de 20001, página 20.

En este análisis del programa "Parques para aprender a vivir" el tema de la integralidad se introducen como generador de parámetros para la evaluación de la calidad. Entre ellos enunciamos:

1. DINAMICAS CONECTIVAS: Accesibilidad; Movilidad; Continuidad.
2. SENTIDOS REFERENCIALES: Identidad; legibilidad.
3. CONDICION DE PERMANENCIA: Seguridad; Vulnerabilidad.
4. CALIDAD DEL DISFRUTE: Fruibilidad.

Las dinámicas conectivas tiene que ver con relaciones espaciales de localización, desplazamiento y permanencia. En general las podemos definir como las acciones –que logra de fácil o difícil manera– de ocupación y apropiación del espacio público urbano. La calidad lograda en la dinámica conectiva define, en buen grado, la organicidad de la estructura espacial de la ciudad. Uno de los componentes fundamentales, en este caso, es la accesibilidad.⁷

Los sentidos referenciales se establecen en relación a elementos que poseen huellas, marcas, procesos intencionales que permiten referir el espacio en el tiempo. La localización en el ámbito urbano no es posible de precisar si no se establecen sentidos referenciales. En resumen es la manera en que la comunidad cultural marca su territorio.

La condición de permanencia establece las condiciones que generan una localización voluntaria en un ámbito urbano conformado. La permanencia o el desplazamiento en un

espacio público puede ser calificado. La calidad será relativa a la integración –de placer o temor– que tenga el individuo en un momento y en un lugar específico.

La calidad del disfrute –fruibilidad– es la condición transitiva de placer o rechazo que alcanza un individuo o un grupo de ciudadanos en el acto de usar el espacio público. Los elementos de valoración, en este caso, tienen que ver con la conformación del lugar, con el grado de confianza, seguridad y la percepción estética del ambiente conformado.

Esos parámetros cobran sentido en el momento en que permiten visualizar el proceso seguido en la consolidación de los espacios urbanos. En términos amplios la "calidad" de los espacios públicos puede ser definida como la construcción consciente, equilibrada y prudente, de los elementos que otorgan continuidad, sentido, albergue y fruibilidad en los recorridos que cotidianamente realizan los habitantes de la ciudad. Todo esto entendido como secuencias estructuradas como sistemas ambientales que brindan integralidad al conjunto urbano.

La integralidad, más que un resultado cuantificable, es un proceso permanente de verificación de la relación entre el ambiente físico y la cultura ciudadana. La integralidad implica entender y trabajar el sistema del espacio público, ante todo, al interior de una visión de transformación permanente del conjunto urbano. En ese sentido –como lo afirma Françoise Choay– *la ciudad se*

percibe por las conciencias que la habitan, la percepción se organiza –para los habitantes– a través de la fusión de una serie de lugares existenciales, prácticos y afectivos"

En nuestro caso de análisis, los parques en Bogotá, la calidad lograda por el programa de la administración municipal, puede ser determinada a partir de la calificación del buen uso que la ciudadanía da a ese tipo de espacios públicos dentro de los parámetros enunciados. El buen uso se reconoce en la satisfacción de las necesidades cotidianas en términos efectivos de funcionalidad y espiritualidad de los habitantes urbanos.

En resumen, la reflexión planteada en este escrito, busca avanzar en la determinación de procesos de evaluación objetiva de la calidad de los parques del plan "Parques para aprender a vivir".

Al final, solo me queda invitarlos a reconsiderar la potencialidad de calidad con que cuentan los espacios públicos de nuestra ciudad. Reitero –antes de terminar– que el proceso por el cual ahora pasamos ha tenido por lo menos una faceta positiva: el reencuentro con rincones urbanos –refundidos en la dimensión de la metrópoli– con la reaparición de rondas de río y humedales –que se habían ido cubriendo de basura hasta desaparecer de nuestra mirada.

Hoy ya se ha despertado la conciencia creciente de que vivir en la ciudad no solo es posible sino que es creativo y puede ser altamente estimulante.

7. Los temas de la accesibilidad y la fruibilidad ya ha sido desarrollado por la autora de este escrito en números anteriores de la revista Bitácora.